

## DON ANTONIO LÓPEZ GÓMEZ

FERNANDO ARROYO ILERA

Para mí, escribir sobre don Antonio López Gómez, al poco tiempo de su fallecimiento, supone tener que tratar su obra y magisterio como algo lejano, formando ya parte de nuestra ciencia geográfica, cuando todavía no he sido capaz de asumir la pérdida de la persona, ésta sí muy próxima y cotidiana. Por ello, al contrario de lo que de él aprendí y aunque sea por una sola vez, no voy a pretender ser objetivo. Quiero redactar mi particular y subjetiva perspectiva que tengo de Antonio López Gómez, aunque sea a riesgo de caer en una visión demasiado personalista, ya que el recuerdo de su persona se funde y se confunde de manera inevitable con el de su obra científica y docente.

Por ello, lo primero y más inmediato es resaltar su personalidad como maestro de una parte sustancial de geógrafos españoles, más que sus orígenes como discípulo de una de las mejores escuelas geográficas que ha habido en España en los últimos cincuenta años. Sin duda, no se puede ignorar lo que la obra de López Gómez debe al magisterio de Terán, pero lo fundamental en ella no es el mensaje que recibió, aspecto suficientemente tratado en otras ocasiones, sino cómo fue capaz de relaborarlo y transmitirlo a sus múltiples y variados discípulos. Sin esa esencial función, de intermediación si se quiere, es probable que las huellas de la escuela de su maestro hubieran sido muy otras.

La segunda característica que le acompañó a lo largo de toda su vida fue su sencillez de trato, su modestia natural, el rigor en su trabajo intelectual y una mal disimulada timidez, común en tantos buenos científicos, que le podía hacer parecer distante, cuando era todo lo contrario. Al día siguiente de su fallecimiento, en una breve nota necrológica publicada en el diario ABC, uno de sus compañeros más próximos y constantes, desde los años de estudiantes en la Facultad a los de consagración en la Real Academia de la Historia, Carlos Seco Serrano, decía: «Pero su memoria no queda vinculada sólo a sus méritos intelectuales: Antonio López Gómez fue ante todo y sobre todo un hombre bueno, tan generoso y cordial en su trato como intachable en su conducta, en la que resplandecía sobre todo su discreción, su modestia y su sencillez». Yo diría más: sencillez y trabajo, modestia y discreción no fueron tan sólo caracteres de la personalidad moral de don Antonio López, sino también constituyeron auténticas categorías intelectuales de su obra científica y de su magisterio. Si se ignora este extremo es difícil llegar a comprender bien la profundidad de su obra, el influjo sobre sus numerosos alumnos y su mismo éxito en una sociedad, como la académica,

definida frecuentemente por otros valores y actitudes muy distintos de los que caracterizaron su personalidad científica y humana.

Estudio bachillerato y carrera en Madrid, en cuya Universidad Complutense, entonces Universidad Central, se inició como profesor ayudante. También ejerció la docencia en el Instituto «Ramiro de Maeztu», que hasta la Guerra Civil fue el «Instituto Escuela»; y, siguiendo la línea de sus maestros: don Manuel de Terán, don Amando Melón y don Eloy Bullón, se incorporó al Instituto de Geografía Juan Sebastián Elcano, del CSIC, de donde fue colaborador científico y del que, con el paso del tiempo, llegaría a director.

Pero la etapa más prolífica de su vida académica, a la que, como dije, me voy a referir con más detalle, se inicia al obtener, en febrero de 1955, a los 32 años, la cátedra de Geografía de la Universidad de Oviedo, desde donde se trasladó, en octubre de ese mismo año, a la de Valencia, iniciando una feliz simbiosis entre la persona y la tierra, el geógrafo y el objeto de su ciencia, que iba a durar catorce años y fructificar en numerosas investigaciones y discípulos. En efecto, para un geógrafo formado en el paisajismo de raigambre francesa, era difícil resistirse al embrujo de las huertas valencianas. Era el territorio ideal para un científico de su tendencia y formación, pero, a la vez, un territorio desconocido e inexplorado geográficamente, en el que el joven catedrático va a volcar todo su trabajo e ilusión. Y no sólo desde el punto de vista académico y profesional, pues fue en esa ciudad y en ese ambiente en el que Antonio López y Margarita Taracena constituyeron su familia y en el que nacieron sus hijos.

De esta época son algunas de sus aportaciones científicas más notables sobre la Geografía agraria valenciana, con especial atención a los sistemas de riego ya los cultivos de las huertas de Alicante (1951) y Valencia (1964). Luego vendrán otros tres artículos sobre la Plana de Castellón, varios sobre el poblamiento y los transportes de Valencia, los estudios regionales sobre el país y las tierras valencianas y, de forma bien significativa, sus trabajos sobre el origen de los riegos y cultivos de estas huertas mediterráneas, una de las aportaciones más notables de López Gómez a la Geografía histórica de nuestro país. Además, en estos años realiza una serie de estudios climatológicos, que había ya iniciado en Madrid, entre las que cabe destacar sus trabajos sobre el régimen monzónico y el supuesto monzón de la península ibérica, la clasificación climática de Köppen y su adaptación a España, y las lluvias torrenciales del levante peninsular. Todo ello permite considerarle como el iniciador de los modernos estudios climáticos en la Geografía española.

Pero no fue esta dimensión científica lo que yo más destacaría de la estancia de López Gómez en Valencia. Como corresponde a todo profesor universitario, no se puede olvidar su labor docente y la creación de una escuela de Geografía en la Universidad de Valencia, convertida hoy en uno de los más sólidos grupos de investigación de esta materia en España. La llegada de López Gómez a Valencia coincide, o puede que no fuera una mera coincidencia, con el comienzo una etapa dorada de la Facultad de Filosofía y Letras de su Universidad, que, junto a nuestro geógrafo, estuvo personificada por otros profesores de gran prestigio que transformaron el espectro docente e intelectual de la institución de aquel entonces y en los que hay que buscar muchas de las claves para interpretar la actual sociedad y cultura valencianas.

Esta situación va a sufrir un brusco giro cuando, en 1969, López Gómez se traslada a la recién creada Universidad Autónoma de Madrid, lo que le supuso, a la vez, la

culminación de su carrera universitaria y un nuevo reto de trabajo y servicio a la universidad y a la Geografía. Además, al regresar a Madrid, López Gómez tuvo hacerse cargo de funciones directivas, primero como secretario y más tarde como director, en el Instituto Juan Sebastián Elcano, en el que se había formado veinte años atrás. Es decir, más que su consagración como catedrático de la universidad madrileña, el nuevo destino académico supuso para Antonio López cambiar la confortable situación de bien merecido aprecio y general reconocimiento alcanzadas en Valencia, por la sugestiva pero dura tarea de contribuir con sus colegas a la fundación de una nueva universidad, labor más propia de los siglos medievales, y además revitalizar el entrañable, sobre todo para él, Instituto de Geografía del Consejo, en el que contaba con el apoyo de su hermana Julia, tal vez su primera discípula y entonces investigadora de dicho Instituto

Fueron años de triunfos y de grandes logros, pero también de sinsabores e incomprendiones, pues ni el tesón ni la inteligencia que desplegó podían solucionar, por sí solos, las dificultades que, la mayoría de las veces, tenían su génesis en la situación política del país y también en la anticipación e inquietud de algunos de sus colaboradores. No obstante, ya pesar de las adversidades, en los diecinueve años que Antonio López estuvo al frente del departamento de Geografía de la Universidad Autónoma de Madrid dirigió diecisiete tesis doctorales, veinticinco tesinas de licenciatura, publicó siete libros y más de sesenta y cinco artículos, comunicaciones y noticias varias.

En esos años produjo aportaciones esenciales para la Geografía española. Como sus estudios sobre la evolución de la población de Madrid (uno de ellos constituyó su discurso ingreso en esta Academia), los transportes urbanos y, sobre todo, sobre el clima urbano, que ya le había llamado la atención con anterioridad pero que sólo entonces pudo realizar dirigiendo un equipo de íntimos colaboradores, formado a caballo del Instituto de Geografía del Consejo y del departamento de la Autónoma, las dos instituciones a las que dedicó toda su atención, trabajo e interés en esos años.

El otro tema esencial fue la Geografía histórica, con varios artículos sobre las Relaciones Tipográficas, publicados en colaboración con su hermana Julia, algunos después del fallecimiento de ésta en 1989, acontecimiento que le afectó profundamente. También son de destacar varios trabajos sobre las obras públicas, canales de riego y de navegación de los siglos XVI al XVIII, entre los que destaca *La navegación del Tajo y el proyecto de Carduchi de 1641* (1998), otros varios sobre las salinas interiores, la producción y el comercio de la sal. Por último, también dedicó su atención a la vida y obra de varios geógrafos, como él, académicos de la de la Historia: Tomás López, Fermín Caballero y Francisco Coello.

Con la jubilación, en 1988, le llegó, ahora sí, el merecido reconocimiento académico. En 1985 había sido elegido miembro de esta Academia de Doctores, de la que era vicepresidente segundo, y presidente de su sección segunda en el momento de su fallecimiento. Tres años después, el mismo de su jubilación, fue elegido académico numerario de la Real de la Historia, corporación en la que llegó a ocupar el cargo de bibliotecario perpetuo. Y en ese mismo año de 1988, que se convirtió así en una fecha esencial en la carrera de don Antonio, fue nombrado Doctor honoris causa por la Universidad de Valencia y elegido Profesor emérito por la Autónoma de Madrid. Solo un reconocimiento más, el doctorado honoris causa por la Universidad de Alicante le llegaría unos años más tarde, en 1995. A ello habría que añadir la vicepresidencia de la Real Sociedad Geografía, a la que dedicó gran atención sus últimos años, la direc-

ción de la Revista Estudios Geográficos del CSIC, su permanente vinculación con el Instituto de Geografía de dicha institución y un largo etcétera de actividades, conferencias, cursos e investigaciones, más propia del neófito apremiado por las exigencias de su currículum, que de quién, como en el caso de Antonio López Gómez, había alcanzado ya la cima de una brillante carrera de triunfos y servicios.

Posiblemente porque él nunca distinguió la diferencia. Para don Antonio sólo había un programa de vida: su trabajo en el aula, en el archivo o en el campo; sus investigaciones, su docencia. Los reconocimientos y honores eran para él tan sólo nuevas posibilidades de trabajo e investigación y que, como en el pasaje bíblico, «se nos darán por añadidura». A ello habría que añadir una absoluta dedicación y lealtad a sus alumnos, sólo comparable a la que guardaba a su familia. Por eso, es natural que sintamos su ausencia no sólo como una irreparable pérdida científica, sino también como una insoportable sensación de orfandad; pero, a la vez, esa misma sensación es el más fuerte acicate para seguir su ejemplo y continuar con su obra.